

SOBRE EL TEMA DEL ORIGEN PROFUNDO Y NO CONSCIENTE DE NUESTRAS TEORÍAS. PSICOANÁLISIS Y TERAPIA FAMILIAR EN LA EXPERIENCIA VIVIDA DE UN PSIQUIATRA DEL SIGLO VEINTE¹.

ABOUT THE THEME OF THE DEEP ORIGIN AND UNCONSCIOUS OF OUR THEORIES. PSYCHOANALYSIS AND FAMILY THERAPY IN THE LIVING EXPERIENCE OF A PSYCHIATRIST OF THE TWENTIETH CENTURY

LUIGI CANCRINI

Centro Studi di Terapia Familiare e Relazionale
studiocancrinidegregorio@gmail.com

RESUMEN

Luigi Cancrini hace con este texto una especie de autoanálisis. El autor recorre de nuevo los años de las elecciones personales y de la formación, su pasión por el psicoanálisis (“bueno para entender”) y su entusiasmo por la terapia familiar (“buena para curar”) a la luz de un recuerdo de un episodio clínico (el caso de Billie, pequeño paciente de Anna Freud y Dorothy Burlingham) escuchado por primera vez hace treinta años y recientemente vuelto a su atención, con nuevos elementos de conocimiento. El conflicto que Cancrini vivió entre la cultura psicoanalítica y la sistémica es leído en este texto como transposición de su conflicto personal “identificatorio” entre el modelo materno de la presencia activa y acogedora y el paterno del desapego, de la investigación y el conocimiento.

Palabras claves: Psicoanálisis, terapia familiar, persona del terapeuta.

ABSTRACT

Luigi Cancrini produces a sort of self-analysis with this text. The author, once again, covers the years of personal choices and formation, his passion for psychoanalysis (‘good for understanding’) and the enthusiasm for family therapy (‘good for healing’) considering a memory of a clinical episode (Billie’s case, little patient of Anna Freud and Dorothy Burlingham) heard for the first time thirty years ago, and recently brought back to attention with new elements of knowledge. The conflict Cancrini lived between the psychoanalytic and systemic culture is read on this text as a transposition of his personal ‘identifying’ conflict between the maternal model of active and warm presence; and the paternal model of detachment, research and knowledge.

Keywords: Psychoanalysis, family therapy, therapist person.

¹ Artículo publicado originalmente en la *Revista Ecologia della Mente*, autorizado por la misma para la presente publicación. Traducido al español por Ps. Claudia Rodríguez Pezoa (Venessandria Traduzioni). Proyecto gestionado y financiado por el Instituto Humaniza Santiago.

EL PUNTO DE PARTIDA DE LA REFLEXIÓN es el caso de Billie, el niño acogido en la Hampstead War Nursery dirigido por Anna Freud y Dorothy Burlingham en el Londres de 1941. El conocimiento incompleto que tenía de este caso databa de un seminario de John Bowlby a cargo del Instituto de Psicoanálisis en Roma en el año 1963. Un conocimiento más completo lo tuve recientemente al encontrar la descripción original de Anna Freud en una biografía de ella a cargo de Elisabeth Young-Bruehl en 1988. Como a menudo sucede en mi vida, saber más me ayudó a entender el por qué de las dudas que me habían dejado inquieto mientras la información estaba incompleta. Proponiéndome un punto de partida de reflexión interesante para el intento de entender algo más de mí y sobre el funcionamiento de mi mente. Dando lugar a una pequeña operación de autoanálisis.

La primera elaboración: El caso de Billie contado por Bowlby, de la manera como había permanecido en mi memoria.

Al dejarlo en el parvulario, se le encargó a Patrick hacerse el bueno y no llorar, igualmente la madre no vendría a verlo. Patrick trató de mantener la promesa, nadie lo vio llorar. Por el contrario, asentía con la cabeza todas las veces que lo miraban, y se aseguraba a sí mismo y a quien lo escuchara que su mamá vendría, que le pondría el abrigo y lo llevaría a casa. Si quien lo escuchaba daba muestra de creerle, él se quedaba satisfecho, cuando lo contradecían, rompía a llorar.

Continuó así por dos o tres días con otras cosas más. El movimiento de la cabeza asumió un carácter más automático: -Mi mamá me pondrá el abrigo y me llevará a casa-. En seguida agregó un listado más largo de vestimentas que le pondría la mamá: “Me pondrá el abrigo, los botines, me cerrará la cremallera, me pondrá el sombrero”.

Cuando las repeticiones de este sonsonete se volvían monótonas y sin fin, alguno le pedía si podía parar. Patrick intentó de nuevo ser un niño bueno como quería su mamá. Dejó de repetir en voz alta este sonsonete pero los movimientos de los labios mostraban que continuaba repitiéndolo para sí.

Al mismo tiempo, sustituyó las palabras por gestos que indicaban ponerse el sombrero y el abrigo imaginario, cerrar la cremallera, etc.

Lo que era mostrado con un movimiento expresivo un día, era reducido, al día siguiente, a un movimiento apenas esbozado por los dedos. Y mientras todos los demás niños estaban ocupadísimos con sus juguetes, armando juegos, tocando instrumentos, etc., Patrick se quedaba en una esquina sin interés alguno, moviendo las manos y los labios, con una expresión trágica en el rostro².

Son tantos los niños, me decía a mí mismo, comentando, de los que se puede pensar que han vivido una secuencia de sucesos de este tipo. En una grandísima parte de los casos, sin embargo, la observación parte desde los síntomas ya constituidos (aquí el estereotipo, la evitación y el mutismo), no desde la secuencia que los preceden y el comportamiento sintomático queda pues “incomprensible” porque no todos, a diferencia de Patrick, han

² Young-Bruehl E, Anna Freud: a Biography. Summit Books, New York, 1988.

tenido la fortuna de encontrarse en un instituto donde están Anna Freud y Dorothy Burlingham³.

La duda

La frase que me había quedado por mucho tiempo en la mente después de haberla dicha, era esta última, la referida a Anna Freud y Dorothy Burlingham. La duda tenía que ver con el efecto que esa frase podía tener sobre quien la escuchaba. El significado evidente (consciente, desde mi punto de vista) de la cita era el del admirado reconocimiento, de hecho, para quien había sabido ver y reconocer la progresión psicológicamente consecuente de una serie de eventos que escaparon y siguen aún hoy escapando a un número impresionante de educadores, de psicólogos, de neuropsiquiatras infantiles⁴. El significado escondido (inconsciente, del cual tomé plena consciencia recién ahora, veintidós años después de haber escrito esa frase) era aquel de la crítica silenciosa a un comportamiento, que yo atribuía tácitamente a Anna Freud y a Dorothy Burlingham, de observadores no participantes, de investigador “empírico” que mira y examina el sufrimiento del niño con la indiferencia melancólica y refinada del coleccionista de mariposas. El hecho que dos psicoanalistas estuvieran ahí observando, desde este punto de vista, era doblemente angustioso porque los demás niños que no son intervenidos en situaciones análogas no son intervenidos sobre situaciones en las que “no veían” algo que ellas dos, en cambio, habían visto y comprendido.

La importancia, dentro de mí, de esta doble (y contradictoria) atribución de significados está demostrada por el hecho que la frase relativa a la presencia de las dos psicoanalistas en la Hampstead War Nursery me volvió regularmente a mi mente, acompañada de una sensación desagradable de duda y de necesidad de repensarla en el curso de más de treinta años que han pasado desde cuando la dije. Proponiéndose como una especie de pequeña idea obsesiva según un ritual puntuado regularmente por el sarcasmo un poco burlesco de quien pensaba que lo habría hecho mejor que ellas y del sentimiento molesto que lo seguía inmediatamente después de haber ofendido a alguien que no merecía ser ofendido: un miedo repentino suprimido a su vez por un pensamiento, inmediato pero nunca del todo convincente, relativo a las condiciones de pioneros (punto de vista del investigador) y dramáticas (la guerra) en las que sus observaciones andaban de todos modos enmarcadas. Hasta el momento en que el encuentro casual en la librería francesa con la biografía de Anna Freud me permitió superar la duda: proponiéndome un suplemento progresivamente más importante de información. Sobre Billie y, sobretodo sobre Anna Freud. Permittiéndome una improvisada reflexión clarificadora.

Comenzando desde un punto aparentemente menor y preguntándome a mí mismo si ese encuentro, el encuentro con ese libro, fuese de verdad un encuentro casual. Porque, en

³ Improvisado en el momento, este era el comentario propuesto por mí en una transmisión televisiva (Delta, Rai 3) de divulgación científica dedicada al significado de un síntoma aparentemente incomprensible del niño.

⁴ Una excepción importante pero fuera de foco es la de los Tinbergen: el estudio que esta pareja formada por una psicóloga y un antropólogo ha dedicado a los factores en grado de determinar reacciones antisociales en el niño va precisamente por el camino de la que Jaspers llamaba “deducibilidad” psicológica de los síntomas.

efecto, tantas son las preguntas que habría podido o debido hacerme para entender qué cosa había de verdad sucedido dentro de mí. ¿Por qué comprar inmediatamente, de impulso, habría podido preguntarme, un libro del cual no conocía ni siquiera su existencia, en una fase en la que aquellos que leo son de todas maneras otros libros, libros de historia y biografías de hombres que han tenido alguna relevancia en la historia contemporánea? ¿Por qué volver a Anna Freud en un período de mi vida en el cual me ocupo de cosas como el funcionamiento borderline de la mente, tema del cual ella no se ha ocupado nunca aparentemente? ¿Por qué sumergirme en una lectura tan evidentemente no programada cuando el tiempo para leer es tan poco? ¿El sentimiento de culpa ligado al significado inconsciente de la frase podría haber guiado la elección? La casualidad estaba, evidentemente, porque la exposición en la librería de un libro llegado en esos días a su segunda edición en francés⁵ y mi mismo ser ahí aquel día no estaban de ningún modo previstos o programados. La rapidez de la elección y mis comportamientos sucesivos parecen bien conectados, sin embargo, a un recorrido precedente. Como si el encuentro, casual, hubiese evocado, un conjunto de comportamientos que, casuales no son, corresponden a una disposición interna bien estructurada que habría podido quedar así por toda la vida, sin llevarse a cabo, si ese encuentro no hubiera sucedido. Como sucede a menudo, en efecto, porque ¿Qué otra cosa es nuestra vida si no es reacción, sobre canales más o menos rígidamente o frecuentemente (poco) estructurados, a estímulos que vienen del exterior? Casuales en su aparición, inevitablemente, pero sólidamente (e igualmente inevitablemente unidos, en las reacciones que evocan en nosotros) a nuestra organización psíquica, a las vivencias internas y externas que han construido nuestro mundo interno. Entreteniéndose con el estímulo que les ha generado una relación similar, de algún modo, a lo que la ocasionalidad pobre del residuo diurno tiene con la riqueza del sueño que nos invade de noche.

Un paréntesis breve, sobre la (no) casualidad

Se reflexiona, para darse cuenta, sobre diversas reacciones evocadas, en personas distintas, por las noticias que llegan por estos días (15 de julio de 2006) de Israel y del Líbano. Bombardear Beirut es sentido por algunos como una reacción excesiva que configura una forma de “represalia”, por otros como una reacción defensiva necesaria y del todo justificada. Para muchos de los que reaccionan hoy, en uno o en otro modo, el evento “bomba” es casual en la medida en la que no era previsto. Sus reacciones son diferentes, sin embargo, frente al mismo evento, porque están sobredeterminadas por sus disposiciones personales, por su historia y por sus convicciones políticas: sobredeterminadas, en gran parte, incluso ellas. Los razonamientos vienen, habitualmente, después; sirven para justificar, en un sentido psicoanalítico, para racionalizar la reacción que se determinó espontáneamente, antes de poner en acción un razonamiento, porque es más bien exiguo el número de los que, razonando, llegan a posiciones más meditadas y a una crítica, parcial o total, de sus primeras reacciones.

¿Por qué he considerado útil este paréntesis?

⁵El de Young Bruehl E, Anna Freud: una biografía publicada en un primer momento en inglés en 1988 (Summit Books) y luego en Francia (1991, édition Payot) y en Italia (1993, Gruppo Editoriale Fabbri, Bompiani, Sonzogno) pero republicado ahora (2006) en francés (édition Payot & Rivages).

Para dar cuenta con un ejemplo simple el modo en el que los componentes inconscientes de la emoción vivida, de frente a un suceso que tiene relevancia política, terminan por determinar la interpretación de los hechos que sucedieron orientando las reacciones que ellos ponen en movimiento. Influenciando en varios modos la opinión pública más incierta que se orienta escuchándolos pero influenciando también, en gran medida, el curso de los eventos sucesivos⁶. Sobre esto estoy trabajando hace años, de hecho, pero yo creo que el motivo más profundo y escondido de esta divagación (escribo estas palabras relejendo, un mes después, lo que había ya escrito, cuando me parece ver, detrás de las palabras, la trama de las motivaciones no conscientes que las ha puesto en movimiento) es hoy aquel conectado a la nueva experiencia de la Cámara de Diputados, a la responsabilidad política de la que siento el peso, al miedo que me suceda lo que veo suceder a otros, perdiendo el control de mis reacciones. A un despertarse fastidioso, en breve, de instancias del Super Yo puestas en alarma por la satisfacción narcisística que estoy viviendo. Un control al menos parcial de la irracionalidad que inevitablemente se conecta a estos comportamientos, me decía un mes atrás para reasegurarme, se ejerce en condiciones de normal funcionamiento por el grupo del cual se es parte. Reproponiendo un mecanismo obsesivo signado inicialmente por el miedo (evocado por la idea de que las emociones inmediatas condicionan demasiado las respuestas) e inmediatamente después por el intento de anularlas (la anulación es la base del mecanismo obsesivo) con la idea de ser parte de un grupo cuya sabiduría es superior a la mía. Como, en efecto, lo experimenté muy rápidamente: en julio, cuando mi posición pasional del indulto “bueno de todos modos” fue corregida en una toma de posición más distanciada y crítica (la abstención del voto en el aula) aceptada con poca voluntad como deseada por el grupo al inicio y compartida luego en las cosas hechas, en los días sucesivos al voto⁷.

El contexto más amplio: psicoanálisis y terapia familiar sistémica en mi mundo interno

Me di cuenta sólo comenzando a escribir, pero la idea obsesiva sobre Anna Freud y Dorothy Burlingham que asisten sin intervenir en el desarrollo del síntoma de Billie, ha correspondido mucho, dentro mío, a un conjunto complejo de emociones, de sentimientos y de pensamientos que influyeron significativamente el curso de mi vida cuando había cumplido hacía poco 30 años. Era, entonces, un joven médico. Había dejado hacía poco un puesto seguro en el Hospital de San Giacomo en Roma para volver a la psiquiatría de la Neuro donde, en poco tiempo, me habría convertido en asistente universitario en psiquiatría. Fiel, en esto, a la vocación inicial (me había inscrito en la Facultad de Medicina por impulso, después de haber leído los Casos Clínicos de Inhibición, Síntoma y Angustia de S. Freud en el verano sucesivo al examen final: casualmente pero sólo en parte, también por la fascinación vivida respecto de los dos libros publicados en la colección Científica de

⁶ Un ejemplo interesante de la actualidad y de la importancia de este razonamiento es el propuesto por algunos críticos de las “guerras preventivas” de Bush, que han pensado cómo la verdadera victoria de Bin Laden (y, quizás, su verdadero objetivo) no estaba ligado tanto al ataque terrorista del 11 de septiembre sino que al hecho de que eso habría determinado una reacción precipitada (la guerra) permitiendo al grupo terrorista ampliar su esfera de influencia y sus alianzas.

⁷ Describí esta sucesión de eventos externos e internos sobre La Unidad del 31/07/2006. En el Parlamento entré a fines de mayo de 2006; la primera redacción de este texto es de agosto.

Einaudi, tapa azul y páginas espesas de carta preciosas, letras largas y elegantes que aún tengo en la memoria táctil y visual) pero fiel, en esto, también a un modo de entender la vida que era y se quedaría como mi modo. Dejando siempre que las decisiones vinieran de adentro, es decir, de la que era y es para mí la parte más constructiva de mí (nuestro) inconsciente (o, más precisamente quizás, en este caso, preconsciente) sin nunca dar mucha importancia a los razonamientos aparentemente más concretos de los otros con los que me encuentro y esperando de reencontrar una concreitud distinta de mis decisiones en la meta positiva que hasta ahora no me había faltado nunca o casi nunca (¿Escondo para mí mismo, quizás, las elecciones que tuvieron un efecto sobretodo negativo?). La elección arriesgada de entonces (tenía ya dos niñas, mi padre y la seguridad económica ya no estaban, mi madre tenía necesidad de ayuda, dejar un puesto y un sueldo seguro podía parecer arriesgado) se reveló más tarde (como sucedió también después, siempre o casi siempre) guiada por un realismo más bien sólido (o, más simplemente por una buena dosis de fortuna). Sobre la base, en el fondo, de aquella confianza en mí mismo, en mis capacidades y en mis recursos pero también en el hecho de que el mundo externo, era, al final, acogedor, y bueno, que imitando a Freud, atribuyo a mi madre y a la relación que, de pequeño y de más grande, tuve con ella. Sorbiendo seguridad (que siempre me ha parecido no presuntuosa) y deseos de hacer, de esa mujer melancólica e inteligente, fascinante y esquiva, tímida y fuerte cuyo abrazo amplio y nunca sofocante, disponible y nunca invasivo me permitió construir dentro de mí la imagen y el recuerdo de una infancia vivida al interior de una isla feliz: en el refugio, es decir, en una relación capaz de mantener lejos, en el fondo, en la nada de las cosas lejanas, que deben suceder pero que son de todos modos provisionarias y que de todos modos terminarían, los grandes y pequeños eventos de la historia (el fascismo y la guerra por una parte, las muertes de las personas por la otra parte) que habían de todos modos desbaratado la vida de todos. Tomando posesión progresiva de aquello que era mío, aquella vivencia de curiosidad y de optimismo, que puedo reconocer con claridad, ahora, que estaba entrando lentamente en un camino de colisión con mi “fe” en el psicoanálisis⁸, al inicio de los años 70, cuando había cumplido 30 años hacía poco.

Ignacio Matte Blanco

En ese momento había comenzado hacía poco un análisis (“didáctica”, se dice que la distinción era tan precisa que quien era elegido para seguirla se sentía orgulloso como en la entrada prometida en una orden religiosa o caballeresca) con Ignacio Matte Blanco. En 1967, creo, y no sé precisamente, repensándolo, cómo podía permitírmelo entonces, con los pocos pesos que tenía y que ganaba corriendo de aquí para allá para vivir (la peor pesadilla era la INAM en Centocelle, Piazza dei Mirti, donde hacía 5 horas semanales como fisioterapeuta: un trabajo lejísimos y humillante, aburrido e inútil como las máquinas que ponía en movimiento quedándome ahí cerca de mis “pacientes”) desde donde tenía que salir también el pago al analista (didacta): un chileno dulce y pausado, de gran estatura

⁸ ¿Es necesario tener una fe para vivir? La fe religiosa impuesta desde afuera y nunca traicionada dentro de mí, había dejado vacío un espacio en el que el psicoanálisis entendido como posibilidad de entender y de curar había entrado impetuosamente y estaba comenzando a dejar el paso a la política.

intelectual, del nombre sugestivo Ignacio Matte Blanco⁹. Un psiquiatra de una generación anterior a la mía (o sea, que no había leído y amado a H.S. Sullivan), que se declaraba un poco ingenuamente (para los europeos) constitucionalista (había trabajado con Sheldon manteniendo fuertes convicciones sobre la relación entre cuerpo y psique) y que se había formado luego, en Londres, en un ambiente rigurosamente Kleiniano (así lo decía él, pero lo que supe muchos años después es que su analista didacta había sido el marido de Melissa Schmeideberg, la hija rebelde y difícil, en polémica fuerte y continua con su gran madre Melanie Klein: ¿Con quién habrá estado aliado este marido de la hija, me pregunto ahora que sé más, con ella o con la suegra? ¿Cuán “rigurosa” habrá sido su pertenencia kleiniana?) en Londres de los años 50¹⁰. Poco sabía yo, en efecto, en ese entonces, de las características reales de aquel ambiente, de las discusiones que lo desgarraban, del pesimismo por muchos lados antipsicoanalítico de Melanie que parecía atribuir a veces al instinto de muerte una prevalencia casi natural, por sobre el instinto de vida y del deseo, y de la coincidencia estrecha y loca que se habría establecido en los hechos entre esta versión del psicoanálisis y el pesimismo médico biológico de Kraepelin y de tanta psiquiatría clásica alemana (además de tanta psiquiatría farmacológica moderna). Con el establecimiento en el tiempo, de un fuerte contraste, entre el deseo de hacer, de volverme útil, de ayudar (¿A mis padres internos? ¿A los demás?) a mí mismo en los otros a través del mecanismo defensivo de la “renuncia altruista”¹¹ y mi interés entusiasta y activo por el estudio del funcionamiento de la mente (la mente, entonces, sobretodo de los demás, de los enfermos, respecto de la mía era distinto, no sabía todavía bien, a pesar del análisis, cómo involucrarme) que me llevaba a la nada del instinto de muerte según Freud y de Melanie Klein o al sí amorfo, grave e insignificante, de Jacques Lacan¹².

Es al interior de esta vivencia que se estableció entonces en mí, la fractura entre el interés psicoanalítico, sentido y vivido como inteligente, profundo y seriamente científico, pero inevitablemente y dolorosamente voyerístico (el análisis de Matte Blanco era útil para entender pero yo no estaba mejor; el capítulo de mi primer libro que había dedicado a la teoría de la Klein¹³, él lo calificó positivamente pero yo tenía la sensación de haber puesto en orden una colección de mariposas muertas) y el (nuevo) entusiasmo por la terapia familiar que se presentaba mucho menos “científica” y sería (“usen el lenguaje de la vida, eliminen los términos teórico-científicos” decía Minuchin y tenía razón) pero que prometía

⁹ Chileno, de origen anglosajón en su formación, Matte Blanco estaba hacía poco en Italia cuando aceptó tomarme en análisis.

¹⁰ Una descripción apasionada y rica de detalles inéditos del conflicto que se abrió en aquellos años en Londres entre Melanie Klein, Anna Freud y sus partidarios, se encuentra en el libro ya citado de Young Bruehl (nota 1)

¹¹ Quien renuncia a satisfacer sus deseos puede encontrar placer satisfaciéndolos al procurar ayudar a otro a satisfacerlos; lo que le queda es un sentimiento de vacío.

¹² Los escritos de Jacques Lacan, leídos difícilmente en francés en el tiempo en que los editores italianos no habían dado todavía tanto espacio a la traducción de los textos psicoanalíticos, me habían en efecto confundido profundamente por su pesimismo profundo y desapegado y por la enérgica frialdad de las construcciones intelectuales, así como me perturbó el encuentro con Jacques Lacan, un hombre genial pero tan satisfecho de su inteligencia que se vuelve irreal, terriblemente alejado de mi modo de entender la psicoterapia.

¹³ Cancrini, L, Ciani N. Schizofrenia, dalla personalita alla malattia. Il Pensiero Scientifico Editore, Roma, 1969; ristampa 1984.

y era eficaz y breve: sobre todo cuando se trabajaba con los niños. Fractura profunda, alegre y desoladora al mismo tiempo, que marcó desde entonces toda mi actividad profesional: jamás habría dejado de estudiar la literatura psicoanalítica, en efecto, para entender, y nunca, igualmente, habría dejado de enseñar y practicar la terapia familiar y relacional para curar. Saliendo en un cierto punto, sin embargo, del Instituto de Psicoanálisis en el cual no terminé nunca mi “didáctica” después de haber terminado con Matte Blanco un análisis que él mismo, cuando lo busqué cinco años después, juzgaba como insatisfactorio (por error suyo, me dijo, que había tomado demasiado en serio mi seguridad aparente, cayendo, como él me dijo entonces y como yo habría entendido muchos años después, en la trampa de mis defensas narcisísticas)¹⁴. Fundando el Centro de Estudio de Terapia Familiar y Relacional y contribuyendo sucesivamente al nacimiento de la Sociedad Italiana y Europea. Y manteniéndome siempre un poco afuera de la Sociedad y de las Asociaciones, sin embargo, por mi actitud de no creer totalmente ni en las teorías (demasiadas) del psicoanálisis ni en la superioridad conceptual de la terapia familiar y sistémica cuyas observaciones nacían naturalmente, para mí, de las de Freud, de las que eran, a mi parecer, el desarrollo más natural. Hasta establecerse, dentro de mí, el delirio “normal” de muchos psicoterapeutas, aquellos que los hace sentir el heredero espiritual, el verdadero hijo, de Freud. Como sucedió naturalmente a Anna y un poco menos naturalmente a Melanie (“la cosa trágica, escribía hablando de Anna en una carta a Ernard Jones¹⁵, es que su hija, que cree que tiene que defenderlo en mi contra, no se da cuenta del hecho que yo lo sigo (sirvo) mejor de lo que lo hace ella”) y como, pues, me sucedió sobretodo en “Guía a la Psicoterapia” y en “Gramática y Sintaxis” dos libros que pretendían unir al discurso original de Freud todas las cosas demás que habíamos aprendido después¹⁶.

La reunificación y los fantasmas del pasado

Iniciado desde allí, en los libros escritos a comienzos de los años 80, la reunificación de los dos mundos (la reducción de la fractura) sigue adelante en los años posteriores y hasta hoy. Se vuelve plena y satisfactoria en el curso de la última investigación, aquella que debe ser publicada sobre el océano borderline¹⁷: un libro que se mueve sobre la ruta trazada por Kernberg, por Margareth Mahler (de cuya amistad y de cuyas conversaciones teóricas con Anna Freud he sabido sólo ahora) y por Lorna Smith Benjamin que sobre ella se reconduce la experiencia clínica de toda mi vida. Liberándome lentamente del conflicto y permitiéndome, cuando los fantasmas internos parecían haberse calmado (la lógica inconsciente podría de verdad ser esta), buscar y encontrar los elementos necesarios para resolver el enigma del pensamiento obsesivo unido al niño relatado por

¹⁴ En un bello libro dedicado a las trasgresiones del setting, Gabbard y Lester, han proporcionado datos y reflexiones de gran interés sobre las estrategias con las que el alumno con rasgos narcisísticos se defiende en el curso del análisis didáctico de una intervención capaz de evidenciarlo y de ponerlo en crisis, y sobre las dificultades concretas de los didactas que se confrontan con este tipo de problemas. Leyendo, entendí (me pareció entender) lo que entonces me había sucedido. Gabbard GO, Lester E. (1995), *Violazione del setting*. Tr.it. Cortina, Milano, 1999.

¹⁵ La carta que contiene este pasaje está citada por la Young-Bruehl, op cit., pg. 248

¹⁶ Cancrini L., (1987), *Psicoterapia: grammatica e sintassi*. Nuova Italia Scientifica, Roma; nuova edizione Carocci, Roma 2004; Cancrini, L. (1982), *Guida alla psicoterapia*; Editori Riuniti, Roma.

¹⁷ Cancrini, L., (2006) *L'oceano borderline*. Racconti de Viaggio, Cortina, Milano.

Anna Freud y por Dorothy Burlingham. Del que ahora conozco la historia completa gracias a Elisabeth Young Bruehl que me informa sobre cómo, en la Hampstead War Nursery, Billie llegó después de un bombardeo que había destruido su casa, pero que la madre de Billie a diferencia de lo que se había pensado inicialmente, no estaba muerta, estaba herida y se encontraba en un hospital. “Cuando ella fue capaz de volver, escribe Young Bruehl, después de haber sanado, el síntoma del niño desaparece porque el equipo del parvulario, un equipo que basaba su intervención sobre la “introducción prudente de una figura materna sustituta” logró convencerla de venir a ver lo más seguido posible a Billie, se convirtió en un miembro del grupo similar a todos los demás”¹⁸.

Qué hay (qué podría haber) en el fondo

¿Las pasiones que avivaron en el curso de los años mi conflicto interno, están unidas sólo al conflicto de mundos y de culturas que los ha estimulado desde el punto de vista de los conceptos? Otra vez es el libro de Anna Freud el que me ayuda a reflexionar sobre la debilidad de este razonamiento y sobre la importancia de la tentativa (del suplemento) de autoanálisis que es oportuno hacer en el momento en que, detrás de la racionalizaciones más o menos fundamentadas de los libros, de los artículos y de las convicciones científicas, lo que se entrevé es la ilógica potente del no-razonamiento inconsciente (del razonamiento que usa, en palabras de Matte Blanco, la lógica simétrica¹⁹ en vez de la asimétrica del pensamiento consciente) y la capacidad que eso tiene de dirigir desde abajo (¿Como las mareas?) el movimiento de la mente que cree saber lo que busca y por dónde va.

La que surge soplada por las ondas ya alborotadas del Mar Adriático, vacaciones de agosto de 2006, es a este punto una reflexión simple y sugestiva. Para ello, la terapia familiar, Anna que cura, el interés clínico de mí mismo que curo, que me pongo como sustituto materno, que doy sin pedir nada a cambio, conectando naturalmente la terapia del caso singular con el compromiso oceánico de lo social y lo político, es la parte de mí que se identifica con mi madre, con su capacidad de estar y sacrificarse, con mi tendencia femenina y olvidadiza. El viaje de la búsqueda, Ulises que cruza el umbral del mundo conocido sin curarse del vacío que deja detrás de sí, es la parte de mí que se identifica con el padre que no está, que está lejos para ganarse la vida y que vuelve tarde (lo esperaba despierto en la cama, en la noche, cuando mi mamá me ponía a dormir y yo vigilaba siempre si era cierto que él, como decía, venía a darnos un beso, y él no vino nunca, de hecho, antes de que yo durmiera, y yo sentía un vacío grande y me preguntaba si era verdad que me quería²⁰); aquello que yo soñaba ser un día cuando alguien me esperara en una casa mía. Voltereta de la mente, la aventura psicoanalítica es aquella a la que no he sabido o no he podido dedicar la vida (sentía árida y vacía la consulta en la que habría encontrado

¹⁸ Young Bruehl, op. Cit., pg. 236

¹⁹ La lógica simétrica es, para Matte Blanco, la lógica del inconsciente, del sueño y del lenguaje esquizofrénico donde cualquier forma de relación se vuelve identidad: donde, si Pietro es padre de Franco, Franco es padre, simétricamente de Pietro. Confronta Matte Blanco, i. (2000). *L'inconscio come insiemini infiniti*, Einaudi, Torino.

²⁰ Mi padre era mi rival, aquel a quien mi madre esperaba sola, obviamente, y mi agresividad edípica era simplemente proyectada sobre él.

siempre un número limitado de pacientes ricos, capaces de pagarme bien) sobretodo porque rechazaba hacer como él, como mi padre que se dedicaba a ganarse la vida por la familia; mientras que el estímulo que aceptaba venía de mi necesidad de hacer y de dar (de la necesidad de ser reconocido por lo que hacía y lo que daba) que me permitía identificarme con mi madre. Una constelación interna cuyos efectos eran dramatizados, en aquel periodo, desde la muerte de mi padre que se fue para siempre y contra quien estaba furioso agitándome para buscar por todas partes con un donjuanismo enfermo (Matte Blanco interpretaba mis sueños diciendo que lo buscaba en otras mujeres, aquellas distintas a mi madre) y para atacarlo (¡Como me había parecido siempre convincente, demasiado convincente la observación del Bowlby sobre el odio que se siente por quien muere y nos deja!). Porque de verdad él me había cortado de improviso la seguridad económica y la posibilidad de moverme a la sombra de su potencia de hombre seguro y fuerte; bruscamente devolviéndome en la posición del niño desilusionado de él “que no lo amaba”, por añadidura furioso, ahora, con él que se iba para siempre. Y porque las circunstancias de la vida real me constreñían, por culpa de él que se iba, a identificarme con él, ahora, en una parte de la vida práctica: tomando sobre los hombros la carga de la vieja y de la nueva familia. Y fue quizás esta, me digo, la razón por la que me colmo de rabia y de dolor, abracé precisamente en aquellos años un destino en el que la de activarme totalmente era mi capacidad (materna) de hacer y de dar. El objeto de mi identificación proyectiva se trasladó prepotentemente sobre mi madre y lo que se modificó bruscamente en consecuencia (sin que yo lo quisiese o entendiese, inconscientemente y con una fuerza que sin embargo era increíble, inaudita) fue mi ideal de vida (del Yo). Porque desprovisto de cualquier interés y de cualquier atractivo, me pareció entonces la familia burguesa tomada en torno al hombre fuerte que la reasegura y la protege, que tanto había soñado siguiendo la imagen y la historia de mi padre (orgulloso de haberla construido sólo con sus fuerzas, él que, huérfano de madre a los 7 años y de padre a los 18, no fue ayudado por nadie). Y porque todas mis energías se dirigieron desde entonces hacia el sueño del misionero que vive por las ideas en las que cree (como el hermano gemelo de mi madre muerto en una embarcación después de haber rechazado, respecto de las ideas en las que creía y por su sentido moral, un trabajo menos peligroso que le habría salvado probablemente la vida). Y todas se convirtieron en hijas mías, entonces, las pacientes esquizofrénicas de la neuro, de las que me ocupaba como voluntario con un amor y una dedicación natural y nueva (la pequeña del mechón negro que canturreaba hacia la ventana soñando ser un pajarito, inalcanzable a casi cualquier discurso, la joven con los ojos en blanco que veía delinearse sobre el techo blanco la nube de sus perseguidores, Maria Grazia que me pedía mil veces al día que le dijera que lo suyo eran sólo miedos y que me quería cerca de ella en su boda para pedirme que le asegurara que era una boda verdadera) como las verdaderas niñas que de pronto fueron dos, y la esposa niña de donde nacieron, mi madre real que se quedó sin puntos de referencia y mis hermanas, los niños vietnamitas que morían bajo las bombas estadounidenses que yo soñaba y pedía adoptar²¹, aquellos barrios populares de Roma y los niños necesitados con los que me encontraba en persona. Transformándome en una madre omnipotente, porque era misericordioso de todos durante el día, y continuaba buscando a mi padre de noche al interior de una serie de relaciones estériles y destinadas a hacerle mal a las que percibían la enorme debilidad del misionero compulsivo, engañadas por la

²¹ Así habría sido, de hecho, si el embajador de Vietnam del Sur no hubiera descubierto en el último momento mi inscripción en el Partido Comunista Italiano.

capacidad de ser afectuoso y presente con ellas y con todos. Que yo mataba al final, sobre el plano psicológico, como mariposas²², dejando ahí una fantasía de macho sádico y desapegado que me permitía identificarme, en las fases nocturnas de la vida, con el padre cruel que tantas veces, y ahora para siempre, se había desapegado de mí. Infelizmente suspendido en una actividad incesante y rica de satisfacciones narcisistas bajo las cuales, hacía un ruido estrepitoso el mar sordo de los sentidos de culpa porque, en un nivel más profundo, lo había matado yo con mis fantasías edípicas, y porque no hacía otra cosa en el fondo que proyectar sobre él mi agresividad más escondida (a mí y a los demás).

Pues bien, es precisamente sobre este registro que me viene por “explicar” la elección que hice entonces proyectando sobre los psicoanalistas y sobre el psicoanálisis profesional y paterno, mi crueldad de observador coleccionista (de padre que no cura y que procrea para decir que lo hizo): formulando la acusación a la base de la pequeña obsesión sobre Anna Freud (Minerva salida de la cabeza del padre, virgen por su manera de sentirse hombre) del que partí en esta tentativa de viaje en la memoria.

Cómo se está ahora

Ha llovido largamente en la noche. El sonido del agua es fuerte y continuo sobre el plástico de la barca. Escribo apenas despierto con un gran sentido de confusión en la cabeza. Desde el balcón del bar el cielo es gris, difuminación de perla y de humo. Para el verano que es, hace frío, pero yo estaría bien si no tuviera los pies helados y la garganta en llamas por la influenza. Los fantasmas del pasado se mueven como las ondas extendidas sobre el mar cuando la tempestad ha apenas pasado. Mi padre y mi madre, las hermanas, las historias de un tiempo que no está más. En análisis, como en el curso de un tentativo autoanálisis, eso a lo que se llega, pienso, es siempre una comprensión provisoria, abultada de nuevas y más amplias interrogaciones que danzan ligeras como barcas sobre el mar profundo del inconsciente. La percepción incierta de un número inmenso de cosas que están dentro de ti y que tú no las sabes. Cuyo número y cuya importancia aumentan a medida que tu las reconoces (tratas de reconocerlas).

²² La imagen es de Guido Gozzano, que se pregunta sobre un comportamiento suyo similar en muchas de sus poesías, y que permanece no por casualidad, como uno de los poetas que más he leído y amado en el curso de mi vida.